

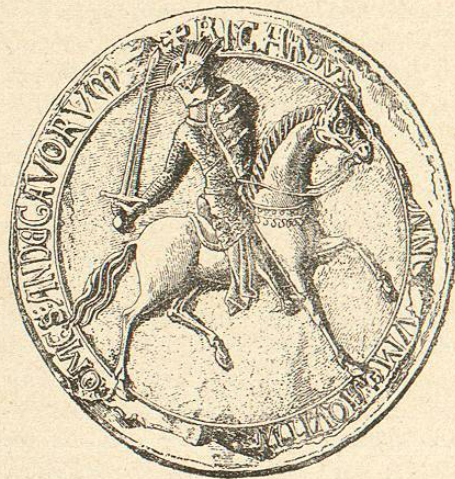
parecencia por las gentes de iglesia.» «El rey firmó, dice el canónigo de Tours, que esta pretensión carecía en absoluto de razón, ya que los asuntos de bienes muebles, en donde para nada intervenían cuestiones de juramento, de fe jurada, de testamento ó de matrimonio, eran asuntos puramente laicos, completamente extraños al tribunal eclesiástico.»

Esto no impide afirmar al historiador Nicolás de Brai «que el rey con corazón de león, que gobierna el reino de Francia, fué en todo tiempo el escudo de la santa Iglesia.» No se podía decir menos de un príncipe que dirigía la cruzada contra los herejes. En realidad Luis VIII, menos violento que su padre para con el clero, demostró una firmeza igual y se esforzó en los conflictos del clero con los burgueses y los nobles por mantener en equilibrio la balanza.

Hizo respetar estrictamente los derechos del monarca sobre servicios de «hueste» y sobre las regalías debidas á él por las diócesis. Cuando recibió homenaje de los obispos de Angers, de Mans y de Poitiers, prometió liberar los bienes diocesanos á estos nuevos elegidos, en cuanto fueran confirmados; pero declaró que si no le juraban fidelidad en el término de cuarenta días, les volvería á embargar las rentas y disfrutaría de ellas hasta una sumisión completa. No tuvo querrela más que con el arzobispo de Ruán, que quería sentar la mano en la jurisdicción de los bailíos reales, y con los tres obispos normandos de Coutances, Avranches y Lisieux, que habían abandonado el ejército de Aquitania en 1224, so pretexto de que no debían servicio militar personal al rey. Por lo demás, como sus predecesores, prodigó á las iglesias el dinero, la tierra y los privilegios, y las defendió contra sus propios oficiales, despojando, por ejemplo, á sus bailíos y prebostes de Orleáns de toda jurisdicción sobre la abadía de Saint-

Mesmín, «porque estaba bajo su protección personal.» Igualmente protege al abad de Corbie contra sus burgueses y á los canónigos de Saint-Victor contra el municipio de Villeneuve-le-Roi. Pero, por otra parte, impide al capítulo de Laon exigir dinero á las gentes del pueblecillo de Paissi. Su política para con la Iglesia, una vez conocidos y respetados los derechos reales, fué una política de deferencia y equidad.

Con respecto á las clases populares y á sus inferiores, continuó la obra de Felipe Augusto sin innovaciones. El alegato de Nicolás de Brai «manifestando que habría libertado á los siervos del yugo de servidumbre» en el momento en que se hace rey, nos parece muy exagerado: pero suprimió la mano muerta en el Berri y libertó todos los siervos de Asnières-sur-Oise. Su ordenanza de 8 de noviembre de 1223 sobre los judíos, es asaz rigurosa, ya que decide «que los intereses de deudas contraídas con los judíos no han de correr más,» que se les reembolsará únicamente de los capitales prestados y que no tendrán el derecho de tener un sello para dar autenticidad á sus créditos. En desquite, Luis VIII favoreció el establecimiento de los banqueros italianos en Francia. En 1224 concedió á los lombardos de Asti permiso para residir en París durante cinco años, con salvoconducto para tierras del rey y privilegio de no ser justiciables más que en sus personas. Es la primera carta conocida de un rey de Francia, que haga relación al establecimiento de lombardos en dominio capeto. Del reinado de Luis VIII data igualmente el más viejo documento auténtico sobre los maestros y obreros de la moneda de París. La carta real de noviembre (1225) regula la organización de los talleres de moneda, las relaciones de los miembros de la corporación, sus deberes y privilegios y las multas aplicables en caso de infracción.



Sello de Ricardo Corazón de León

LIBRO TERCERO

LA SOCIEDAD FRANCESA (FINES DEL SIGLO XII Y COMIENZOS DEL XIII)

CAPÍTULO PRIMERO

ESTADO GENERAL DE LA SOCIEDAD

I. Las miserias sociales. El bandolerismo.—II. Supersticiones y prodigios. El culto de las reliquias. La cruzada de los niños.—III. Síntomas de un nuevo espíritu. Los ataques contra la fe y la Iglesia.

I.—Las miserias sociales. El bandolerismo (1)

Cualesquiera que hubieran sido, ya en tiempos de Luis VII, pero principalmente bajo Felipe Augusto y Luis VIII, los progresos de la monarquía, la acción del rey por el restablecimiento de la paz y del orden apenas se hizo sentir en las regiones del Norte de Francia sometidas inmediatamente á su autoridad. En el centro, en el Mediodía, en las provincias del antiguo reino de Arles, allí donde no aparecen los bailíos capetos y en donde triunfa un feudalismo turbulento, subsiste la anarquía, y las condiciones generales de la vida, dura para los miserables, difícil para las clases altas, en nada han cambiado. La prosperidad y el bienestar no existen verdaderamente más que en algunas provincias privilegiadas, Flandes, Champaña, Normandía, Isla de Francia, y particularmente en las grandes ciudades, dotadas de amplias franquicias, enriquecidas por la industria y el comercio, protegidas de buenas murallas y de la vigilancia de los altos soberanos. En otras partes sobre todo, fuera de la «paz del rey,» no hay seguridad para los bienes ni para las personas; la guerra apunta continuamente y el pillaje es una plaga constante. Finalmente, las habituales calamidades, incendios, hambre, pestes, favorecidas por la ignorancia de las leyes más elementales de la higiene y de la economía política, tienen siempre abierto el paso (2).

(1) OBRAS DE CONSULTA.—H. Géraud, *Le routier au XII^e siècle*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartres,» años 1841-1842. El mismo, *Mercadier et les routiers au XIII^e siècle*, ibíd. A. Leroux, *Le Massif Central*, 1898. Luchaire, *Un essai de révolution sociale sous Philippe-Auguste*, en la «Grande Revue,» número del 1.º de mayo de 1900.

(2) No puede, sin duda, juzgarse en absoluto del estado real de la sociedad de la Edad media por los diversos hechos de los cronistas, los procesos y conflictos relatados en los documentos de archivos y las exageradas descripciones de los poetas. Pero, por encima de todo, hay concordancia entre estas tres series de testimonios, y si la impresión que de ellos resulta es preferentemente sombría, prueba que la realidad, considerando el conjunto de los hechos, también lo era en cierta medida. El historiador no puede, por lo demás, describir un estado social sino por los textos que han llegado á él; no responde más que de una verdad relativa; esta reserva le es siempre necesaria.

El incendio, principalmente, es el terror de las ciudades de la Edad media, con calles estrechas y tortuosas, donde se amontonaban las casas de madera (3). No conocemos textos de la época que hagan la menor alusión á la organización de un servicio de socorros. El incendio de una casa se propagaba á todo el barrio y frecuentemente á toda la ciudad. Desde 1200 á 1225, Ruán se incendió seis veces. Los monumentos de piedra, las iglesias, los enormes torreones, como el de Gisors y el de Pompadour en el Limousin, se abatían en medio de las llamas. En 1188, Ruán, Troyes, Beauvais, Provins, Arras, Poitiers y Moissac fueron destruidas. En Troyes comenzó el fuego por la noche en los tendidos de la feria; la abadía de Notre-Dame-aux-Nonnains, la colegiata de San Esteban, que se acababa de reconstruir, el palacio del conde de Champaña, la catedral de San Pedro, todo ardió. Los religiosos de Notre-Dame perecieron abrasados.

Los grandes incendios de Chartres en 1194 hicieron perecer centenares de infortunados y desaparecer casi por completo la antigua catedral. La credulidad de las muchedumbres atemorizadas era sin límites. Afirma Rigord que se veían, en las ciudades inflamadas, cuervos volando con carbones ardientes en el pico para abrasar las casas malditas. A estas catástrofes accidentales debemos sumar los incendios provocados por las gentes de guerra. El incendio era un procedimiento militar y una institución. Al lado de los suministradores de forrajes que devastaban las campiñas, todo ejército tiene sus «botafuegos» encargados especialmente de incendiar granjas y casas.

La peste, á su vez, diezma esas poblaciones sucias; esas villas sin alcantarillado, sin pavimento, en donde no eran las casas más que bocas goteando malos humores y las calles inmensas cloacas. En París, «la más hermosa de las ciudades,» los burgueses enterraban sus muertos en la llanura de los Champeaux, en el emplazamiento de nuestros mercados. Este cementerio estaba abierto. Los viandantes lo atravesaban en todos sentidos, y había mercados en su recinto. Durante la época de lluvias, los osarios se convertían en un pantano nauseabundo. Únicamente en 1187 Felipe Augusto lo rodeó de un muro de piedra, más por respeto á los muertos que por consideraciones á la salud pública. Dos años antes, el rey y los parisienses se habían decidido á intentar un primer ensayo de pavimentación, pero todo lo más en las grandes vías que conducían á las puertas; lo restante no

(3) La casa de piedra era una rareza. La autoridad concedía una prima á los burgueses que construían en piedra. La pequeña ciudad de Rue, en Picardía, les eximía de impuestos.

era más que un lodazal: terrenos de elección para las epidemias, contra las cuales la Edad media no supo tomar medidas preventivas ni curativas.

Se soportaba la peste como un castigo de lo alto, «el fuego sagrado, el fuego divino,» *ignis sacer, ignis infernalis*. Para los «que ardían,» el remedio era siempre el mismo: procesiones, plegarias públicas, exposiciones en las iglesias y rogativas á algunos santos curadores, como San Fermín y San Antonio. En París, los atacados de la peste eran llevados á Santa Genoveva ó á Nuestra Señora, sin temor de agravar el contagio. A las epidemias se sumaba la lepra, azote permanente de todas las provincias francesas, tan fatal para los ricos como para los pobres.

El hambre era entonces menos frecuente que en el siglo XI, en que pudieron contarse cuarenta y ocho años de escasez; pero, sin embargo, bajo Felipe Augusto se tuvieron que soportar once; la de 1195 duró cuatro años: el trigo, el vino, el aceite, la sal, alcanzaron precios extraordinarios; se comía orujo en lugar de pan, alimañas muertas y raíces. El día de Pascua de 1195, Alix, señora de Rumillí (un señorío de la diócesis de Troyes), se sorprende viendo que acuden pocos asistentes á la misa. El cura le dice que la mayor parte de sus feligreses están ocupados en buscar raíces por los campos. Alix les hace distribuir provisiones y ordena como medida perpetua que el tercio de los enormes diezmos que le pertenecían, se entregue el día de Pascua á los habitantes de la parroquia. Cada uno de ellos debía recibir además un pan de cinco libras; pero ¿qué podía la caridad ante la inmensidad del desastre? En 1197, una innumerable muchedumbre de personas perecían de hambre: *innumeri fame perempti sunt*, dice la *Crónica de Reims*. Expresiones como esta, *multi fame perierunt, moriuntur fame millia millium*, se encuentran á menudo en la pluma del cronista.

No solamente padecen hambre los miserables. En Lieja, donde los pobres estaban desde primera hora tendidos á las puertas de las iglesias, pidiendo limosna, los ricos «se ven reducidos á comer esqueletos de bestias corrompidas;» los monjes no tienen ni vino ni cerveza; comen pan de cebada (1197). El hambre hace salir al castellano de sus fortalezas. «Reconozco, confiesa en 1184 un pequeño señor de la Champaña, Erardo de Brienne, haber robado trigo en las granjas de la abadía de San Lupo de Troyes: lo que no debiera haber hecho; pero era para proveer mi castillo.» «La necesidad me obligaba,» *necessitate mea compulsus*, dice en 1200 otro señor del mismo rango que se confesaba culpable del mismo crimen.

El hambre engendraba el pillaje. La plaga tuvo como una recrudescencia en las postrimerías del reinado de Luis VII y durante casi todo el de Felipe Augusto. La Francia central, en particular, se ve entonces llena de esos mercenarios llamados *routiers* (aventureros) y *cottreaux*, ó también, por el nombre del país que los producía en abundancia, aragoneses, navarros, bascos y brabanzones. Hemos visto á las bandas de *routiers* tomar una parte activa en las guerras de Felipe y los Plantagenet. Pero cuando estos aventureros dejaban de ser soldados, practicaban por su cuenta el pillaje y el asesinato.

Los *routiers* aparecen sobre todo en el Berri, Auver-

nia, Poitou, Gascuña, Langüedoc y Provenza, países difíciles de vigilar y defender. Se ceban preferentemente en las iglesias más ricas y se vengan de sus excomuniones arrasando sus tierras. Los *cottreaux* del Berri, después de haber incendiado las iglesias, se llevan baños de curas y religiosos. «Les llaman chantres, dice Rigord, por mofa, y les dicen: «¡Ea, chantres, cantad vuestros cánticos!» Y hacen llover sobre ellos bofetones y varazos. Mueren algunos flagelados de esta suerte. Otros no escapan á un largo encarcelamiento más que á fuerza de gruesas cantidades. Estos demonios golpean con los pies las Hostias consagradas y con el lino de los altares hacen telas para sus concubinas. El prior de Vigeois en Limousin nos habla de un jefe de banda que vendía los frailes á 18 sueldos la pieza. Esto no impedía, por otra parte, á los miembros de la Iglesia recurrir á los oficios de estos bandidos. En 1204 una carta del papa Inocencio III acusa á un arzobispo de Burdeos por vivir rodeado de *routiers*, gobernando de esta manera su provincia por el terror; les indicaba los golpes de mano y participaba de los beneficios.

Un abad de Santa Genoveva cuenta á sus monjes las peripecias de un viaje de París á Tolosa: «lo largo del camino, los peligros de los ríos que había que salvar, los peligros de los ladrones, de los *cottreaux*, de los aragoneses y de los vascos.» Camina á través de las llanuras arrasadas y desiertas, sin ver delante de él más que espectáculos de la más completa desolación. Villas incendiadas, casas arruinadas, muros de iglesia á medio derrumbar; todo destruido hasta los cimientos, y convertidas en guarida de bestias fieras las ruinas de las viviendas humanas. «Conjuro á mis hermanos, escribe el viajero para terminar, á rogar por mí á Dios y á la bienhadada Virgen. Si me juzgan capaz de hacer algún servicio á nuestra Iglesia, concédanme la gracia de volverme sano y salvo á París.»

Más allá del Ródano, en la desdichada provincia de Arles, nominalmente sometida al emperador, el bandolerismo es endémico. El papa Celestino III enumera al arzobispo de Arles, Imbert, las diversas categorías de malhechores á quienes debe castigar. «Prevenios contra los que despojan á los naufragos ó detienen los peregrinos y comerciantes; excomulgad á los que tienen la audacia de establecer peajes nuevos; sé muy bien que vuestra provincia es presa de los aragoneses, brabanzones y demás bandas de extranjeros; heridles, pero herid al mismo tiempo á los que toman á sueldo esos bandidos y les reciben en sus castillos ó en sus ciudades.»

Reducida á sus armas espirituales, la Iglesia era impotente. Algunas veces, cuando los excesos de los aventureros se hacían insostenibles con exceso, los altos señores y los reyes se resignaban á las ejecuciones. Ricardo *Corazón de León* envuelve un día cerca de Aixe, en Limousin, una banda de gascones; los unos son arrojados y se ahogan en el Vienne; los otros son degollados; á ochenta se les sacan los ojos. Los *cottreaux* del Berri, mal pagados de Felipe Augusto, se sublevan y saquean el país. El rey les atrae á Bourges so pretexto de entregarles su sueldo. Una vez introducidos, se cierran las puertas; la caballería real se arroja sobre ellos, les desarma y les toma el dinero que habían robado. Pero casi siempre los crímenes de los *routiers* permanecían impunes.

La nobleza les era cómplice ó no se atrevía á obrar. El mal hacía progresos cada día. Las bandas de malandrines crecían por los caminos, engrosándose de todas las gentes corrompidas ó proscritas: vagabundos, monjes fugitivos, canónigos renegados y religiosos que rompieron la clausura.

En 1182, en la Francia central, nació una tremenda insurrección del exceso de calamidades y de desesperación. Fué un esfuerzo simultáneo de los ricos y los pobres, de los nobles y los villanos, para organizar una fuerza militar y destruir el bandolerismo.

El punto de partida fué, como en todas las grandes crisis de esta naturaleza, una visión celeste. La Virgen se aparece á un carpintero de Pui-en-Velai, de nombre Durand Dujardín. Muéstrale una imagen que la representaba con Jesucristo en los brazos y esta inscripción: *Agnus Dei qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem*. Ordénale que vaya en busca del obispo de Pui y agrupe en cofradía á cuantos deseen el mantenimiento de la paz. En el siglo XI los obispos habían instituido las asociaciones de la «paz de Dios;» pero con el tiempo, y gracias á una organización viciosa, la mayor parte de estas ligas se habían disuelto. Ahora no se trata de la «paz de Dios,» sino de la «paz de María,» la gran divinidad de Pui, la Patrona de la catedral, la Virgen negra á cuyos pies desfilaban los peregrinos.

La cofradía del carpintero se extiende á los vecinos territorios con una rapidez maravillosa, invadiendo en poco tiempo multitud de provincias de la Francia central y meridional. En algunos meses, desde el fin de diciembre de 1182 á abril de 1183, el ejército de la paz se organiza en cada región. Los cofrades llevaban una pequeña caperuza de tela ó lana blanca (de ahí su nombre de «encapuchados,» *capuciati*, ó de «capirotes blancos») á la que iban unidas dos bandas de la misma tela, que caían una sobre la espalda y otra sobre el pecho. «Esta parecíase, dice el prior de Vigeois, al *pallium* de los arzobispos.» Sobre la banda delantera iba fija una placa de estaño representando la Virgen y el Niño, con el consabido *Agnus Dei*. Los asociados pagaban, en la fiesta de Pentecostés, una cuota; juraban ir á confesarse, abstenerse de jugar, de blasfemar, no frecuentar las tabernas, no llevar vestidos afeminados ni puñales. Por la fe, la disciplina y la buena conducta únicamente debían merecer de Dios la victoria. Muchos de estos cofrades vivieron santamente; y tanto, que sobre la tumba de ciertos encapuchados, muertos por bandoleros, se verificaron milagros. Los soldados de este edificante ejército formaban una muy estrecha francmasonería, cuyos miembros se juraban una abnegación absoluta. Cuando un encapuchado había matado á alguien por azar, si los hermanos del muerto eran de la cofradía, debían ir en busca del asesino, conducirlo á su propia casa, y olvidando su duelo, darle, con el beso de paz, comida y bebida.

Este movimiento alcanzó á los altos barones, los obispos, los abades, los monjes, los simples clérigos, los burgueses, los paisanos y las mujeres. Cofradías análogas á la de Velai se constituyeron en la Auvernia, Berri, Aquitania, Gascuña y Provenza. Los miembros de estas asociaciones se llamaban «los pacíficos» ó simplemente «los jurados.» Su número era considerable, *numerus infinitus*; sin embargo, de la acción de estas ligas

nada exacto conocemos, fuera de dos ó tres episodios.

En 1183 los «jurados» de Auvernia asesinan 3.000 *routiers*; victoria que, según se cuenta, no costó la vida á un solo cofrade. Una común acción se concierta entre los «jurados» de Berri, los del Limousin y los de Auvernia. Los *routiers* se habían refugiado en masa dentro del villorrio de Charentón, en el Borbonesado, mientras el ejército de los «cofrades» se concentraba en Dun-le-Roi. Se intimó al señor de Charentón, Ebbe VII, que expulsara á los *cottreaux* de su territorio, cosa más fácil de prescribir que de realizar. Ebbe salió de apuros por medio de la astucia. Invitó á los *routiers* á dejar Charentón para lanzarse contra los enemigos. «Una vez venidos á las manos con los «jurados,» les dijo, caeré yo de improviso sobre su retaguardia y nadie escapará con vida.» Los bandidos salen del castillo, cuyas puertas vuelven á cerrarse. Apenas se encuentran en el campo, sin punto de apoyo, ni esperanza de refugio, se ven envueltos. «Cuando se reconocen vendidos, dice la *Crónica de Laón*, semejantes á bestias fieras que doma una mano enérgica, perdieron su natural ferocidad; acabaron de defenderse y se dejaron ceñir como carneros en el matadero.» Diez mil *routiers* perecieron en esta carnicería. Se encontraron en su campo un montón de cruces de iglesia y cálices de oro y plata, sin contar las joyas pertenecientes á las mil quinientas mujeres que les seguían.

Por desgracia, esta enorme agitación originó consecuencias políticas y sociales que no habían sido previstas. No solamente los ladrones y asesinos de profesión se veían amenazados por la nueva institución, sino los nobles castellanos que saqueaban y diezaban á los pobres campesinos. A pesar de la adhesión de buen número de señores, la cofradía, fundada por un artesano, tenía un carácter democrático. Los derechos y deberes eran iguales para todos, sin distinción de origen. La unión de los burgueses y de las masas rurales en un mismo cuerpo y enfrente de una misma acción, se convirtió en un arma de dos filos. Los unos se servían de ello para destruir el bandolerismo; los otros tuvieron naturalmente la idea de aplicarla á la reforma del orden social. Germinaba una revolución.

No se le dejó el tiempo para manifestarse. Tan pronto como la Iglesia y la nobleza conocieron el peligro, comenzó una brusca reacción. Los «jurados» tan piadosamente regimentados bajo el estandarte de la Virgen, y en cuyo honor Dios hacía milagros, se convirtieron súbitamente para los cronistas, monjes y clérigos, en perturbadores de la sociedad.

En 1183 el cronista Roberto, monje de San Mariano de Auxerre, resumía, admirándolas, las hazañas de los *capuciati*; en 1184 los trata de sectarios, *secta capuciatorum*, y añade: «Como negaran insolentemente la obediencia á los grandes, éstos se han coligado para suprimirles.» Para el cronista anónimo de Laón, su obra es el resultado de una rabia insana, *insana rabies capuciatorum*. «Los señores, dice, temblaban ante ellos; no se atrevían á exigir de sus hombres más que las contribuciones legales; basta de exacciones, basta de precarios; se veían obligados á contentarse con las rentas que les eran debidas. Este pueblo necio é indisciplinado había llegado al colmo de la demencia. Se atrevió á decir á los condes, á los vizcondes y á los príncipes, que les era

necesario tratar á sus súbditos con muy grande dulzura, so pena de experimentar bien pronto los efectos de su indignación.» Es lástima que este manifiesto de los «cofrades de la paz» no haya llegado hasta nosotros.

El historiador de los obispos de Auxerre les trata «de abominables réprobos,» y á sus tentativas de «horrible y peligrosa presunción.» «Promovió en la Galia, dice, como una rebelión general que impulsó al pueblo á levantarse contra los poderosos. Buena en los comienzos, su obra no fué otra que la de Satanás disfrazado de ángel de luz. La liga de los juramentados de Pui no es otra cosa que una invención diabólica, *diabollicum et pernitiosum inventum*. No se daba temor ni respeto de los superiores. Todos se esforzaban en conquistar la libertad, diciendo que la tenían de los primeros hombres, Adán y Eva, desde el mismo día de su creación. Ignoraban, por consiguiente, que la servidumbre es el castigo del pecado. El resultado fué que no había distinción entre los grandes y los pequeños, sino una confusión fatal, tendiendo á la ruina de las instituciones que nos rigen por la voluntad de Dios y el ministerio de los poderosos de este mundo.»

Pero he aquí lo más grave de la cuestión. El monje de Auxerre atribuye á los *capuciati* la relajación de la disciplina religiosa y los progresos de la herejía. Y además, ¿no eran ellos mismos herejes de una cierta especie, de una herejía social y política? «Este azote temible, dice, *pestilentia formidabilis*, comenzó á extenderse por la mayor parte de las regiones francesas, pero sobre todo en el Berri, Auxerre y la Borgoña. Los sectarios llegaron á tal grado de locura, que estaban prontos á dejarse matar por la gleba, el derecho y la libertad que reivindicaban.»

No conocemos los detalles de la reprensión más que por la diócesis de Auxerre. El obispo, Hugo de Noyer (1183-1206), era un noble de humor belicoso y altivo. Los *capuciati* abundaban en su territorio y aun en su dominio mismo. «Fuése él con muchedumbre de soldados, dice *La Crónica de Auxerre*, á su ciudad episcopal de Gy (Nièvre), infectada de esta peste, y prendiendo á todos los encapuchados que encontró, les castigó con penas pecuniarias y les arrebató su capuchón. En seguida, para dar toda la publicidad posible al castigo de estos audaces, para enseñar á los siervos á no rebelarse contra sus señores, ordenó que durante un año entero serían expuestos, con la cabeza desnuda, al calor, al frío y á todas las intemperies de las estaciones. Vióse á estos desdichados, en verano, en medio de los campos, con la cabeza descubierta, arder bajo el sol, y en invierno temblar de frío. Así habrían pasado todo el año, si el tío del obispo Guido, arzobispo de Sens, no se hubiera compadecido, obteniendo en favor de ellos el indulto de su pena. Por ese medio desembarazó el obispo su propiedad de esta secta fanática, y lo mismo se verificó en las otras diócesis, y así, por la gracia de Dios, desapareció en absoluto.»

Por todas partes, en efecto, fueron prendidos los encapuchados como bandidos. Parece además que finalmente los nobles y el clero dejaron escapar á los *routiers*, cuya exterminación habían jurado. Las bandas errantes reanudaron su campaña. En 1184 uno de los más feroces *cottreaux*, Gascón Louvart, «sorprendió un ejército de encapuchados, dice *la Crónica de Laón*,

en la localidad llamada Portes-de-Bertes, y lo destruyó tan completamente, que en adelante no se atrevieron á mostrarse públicamente.» Más tarde tomó por asalto la villa de la abadía de Aurillac y saqueó el castillo de Peyrat, en el Limousín. Durante estos acontecimientos, Mercadier saqueaba Combourn, Pompadour, Saint-Pardoux, asesinando todos los habitantes del suburbio de Excideuil, y distribuía los beneficios de sus pillajes con los nobles del país. Durante diez y seis años continuará estas proezas.

Este inmenso esfuerzo del pueblo, unido á los hombres de orden de toda condición, se había vuelto contra el mismo pueblo. El bandolerismo volvió á verse floreciente, los *routiers* fueron nuevamente los dueños de los campos, y una importante parte de Francia volvió á caer bajo el régimen del terror y la desolación, que era para ella el estado normal.

II.—Supersticiones y prodigios. El culto de las reliquias. La cruzada de los niños (1)

Desde el punto de vista moral, la población francesa permanece, en su conjunto, lo que había sido en la edad precedente: sumisa á la Iglesia y á sus ministros, y siempre atada á la religión material que limitaba los dogmas cristianos. Por la superstición se parece la Edad media á la antigüedad, y los cristianos del tiempo de Felipe Augusto á los paganos de otros tiempos.

Principalmente los franceses del Mediodía han heredado de los romanos la creencia en los augurios. En plena guerra de los albigenses, el conde de Tolosa Raimundo VI se niega á cumplir una convención, porque ha visto un pájaro, la corneja, al que llaman los campesinos «el pájaro de San Martín,» volar á su izquierda. Un jefe de *routiers*, Martín Algaís, se llena de satisfacción al ver un halcón blanco ir de izquierda á derecha, remontándose con toda su fuerza. «Señores, dice al barón que le tenía á sueldo, ¡por san Juan!, suceda lo que suceda, saldremos vencedores.»

En 1211 un noble, Roger de Comminges, viene á rendir homenaje á Simón de Montfort. En el momento de comenzar la ceremonia, el conde estornuda. Al instante Roger, muy emocionado, habla aparte á sus gentes y les declara que no quiere prestar homenaje porque el conde no ha estornudado más que una vez: todo lo que se hiciera en semejante día debía acabar mal. Sin embargo, Roger acabó rindiéndose á instancia de los suyos y temeroso de que Simón de Montfort le acusara de superstición herética: «todas estas gentes de Gascuña son necias, *stultissimi homines terrae illius*,» concluye el cronista Pedro de Vaux-Cernai.

Los monjes que escriben la Historia participan de los prejuicios y los terrores de sus contemporáneos. La *Crónica* de Rigord está llena de fuegos maravillosos, predicciones de astrólogos y hechos extraordinarios; de cometas y eclipses; apariciones celestes y terrestres; muertos resucitados, intervenciones del diablo, etc. Los

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Riant, *Exuviae sacrae Constantinopolitanae*, 1877. Luchaire, *Le culte des reliques*, en la «Revue de París,» número del 1.º de julio de 1900. Roehricht, *Der Kinderkreuzzug von 1212*, en la «Historische Zeitschrift de Sybel,» tomo XXXVI, 1875. De Janssens, *Etienne de Clèves et les croisades d'enfants au XIIIº siècle*, 1890.

azotes naturales no son más que golpes dados por el poder de Dios ó de los santos; es necesario someterse ó procurar apartar las calamidades por las rogativas: de ahí la enorme influencia de la Iglesia. Las oraciones de sus sacerdotes son el más importante de los servicios públicos; no sufren interrupción ni huelga: constituyen la salvaguardia del pueblo entero.

A decir verdad, el pueblo no conoce más que una religión: el culto de las reliquias. ¿Cuántos hombres de aquel tiempo eran capaces de levantarse á las concepciones metafísicas y morales de la doctrina cristiana? Para la muchedumbre todo lo divino está en la veneración de los restos de los santos ó de los objetos que sirvieron á Jesucristo ó á la Virgen. Rigord omite, ó indica en dos líneas, los hechos históricos de la mayor importancia, pero escribe largas páginas sobre la procesión de 1191. El rey de Francia, Felipe Augusto, estaba en la cruzada. Su único heredero, el príncipe Luis, había sido atacado de una peligrosa disentería. Se hizo que fueran á París los monjes de Saint-Denis, portadores de famosas reliquias: la corona de espinas, un clavo de la Cruz y el brazo de San Simeón; la procesión llega á la iglesia de San Lázaro; allí se encuentra con otra gigantesca, que comprendía todos los clérigos y religiosos de París, con el obispo de la ciudad, Mauricio de Sulli, á la cabeza y seguido de una muchedumbre enorme. El obispo traía una cruz con los relicarios en el vientre del enfermo, que cura el mismo día. Algunos días después se trataba de obtener del cielo la liberación de la Tierra Santa y el dichoso regreso del rey á sus Estados. Se expuso en el mismo Saint-Denis, sobre el altar de la gran iglesia abacial, el cuerpo de los santos mártires Dionisio, Rústico y Eleuterio. La reina madre, Adela de Champaña, y el arzobispo de Reims, como todos los fieles, fueron invitados á esta ceremonia.

Todas las iglesias trataban de procurarse reliquias, y el primer cuidado de sus fundadores era acumular esos preciosos objetos (1). Los contemporáneos no discutían sobre su procedencia, ni promovían cuestiones de autenticidad. Nadie se maravillaba de aquellos prodigiosos montones de osamentas sagradas, distribuidas en mil sitios diferentes; ni de la imposibilidad de explicar la existencia de un mismo objeto en diferentes santuarios. Únicamente en las altas regiones de la Iglesia podía inquietar el desarrollo excesivo que tomaba esta forma material del sentimiento religioso. Inocencio III trató de limitarlo, recomendando al clero de Francia que no admitiera más que los objetos de una autenticidad in-

(1) Poseemos una especie de diario de las adquisiciones de reliquias hechas por el priorato de Tavaux (Alta Viena) entre los años de 1180 y 1213. El documento es curiosísimo. En 1181, el abad de La Couronne, jefe de la casa madre, entrega al priorato las reliquias de San Pedro, de San Lorenzo, de San Vicente y de San Ginés. Al año siguiente un amigo del prior le asigna una capilla abandonada donde se encontraba una arquilla antiquísima llena de reliquias anónimas; la llevaron al priorato. El mismo año un sacerdote ofrece á los monjes de Tavaux un trozo de vestido del mártir santo Tomás, un fragmento del Santo Sepulcro y una de las piedras con que apedrearón á San Esteban. Un preboste envía reliquias de San Basilio y San Flavio. Por su parte, el prior de Tavaux se dedica á buscar; logra traer del famoso santuario de Saint-Yrieix dos dientes del profeta Amós, reliquias de San Martín y San Leonardo y, merced á otra serie de adquisiciones, reliquias de la Legión Tebana, de San Prisco, huesos, cabellos y fragmentos de un vestido de San Bernardo, y finalmente un trozo de la

discutible. Se insertó en los cánones del concilio de León (1215) un artículo concebido en estos términos: «Los prelados no deben permitir que los que acuden á visitar sus iglesias, para venerar en ellas los restos de los santos, sean burlados por reliquias de origen dudoso ó falsamente documentadas.» Pero raras veces se observa dicha prescripción.

Los escrúpulos de los directores de la Iglesia, cuando al acaso se producían, eran mal acogidos por las turbas. Y los prelados que se atrevían algunas veces á expresar su opinión con respecto á las reliquias, corrían el riesgo de ser mal mirados desde entonces: así aconteció en una curiosa circunstancia al obispo de Orleans, Manasés de Garlande.

A fines del reinado de Luis VII, en 1162, corrió el rumor súbito, entre los burgueses de París, de haber desaparecido, robada sin duda, la cabeza de Santa Genoveva. Gran emoción. Luis VII se enfurece y jura, «por el Santo de Belén,» que si no vuelve á encontrarse la reliquia, hará apalea con varas y expulsar á todos los canónigos de Santa Genoveva. Envía á la abadía, para guardar el tesoro, buen cuento de soldados; y ordena al arzobispo de Sens y á sus sufragáneos que procedan á una indagación. Los canónigos estaban desolados, y principalmente el prior Guillermo, guardián de las cajas y del tesoro de la iglesia. En el día fijado, el rey y su familia, el arzobispo de Sens, algunos obispos y una multitud de curiosos llenaban la iglesia de Santa Genoveva. Se abre la caja y se encuentra en ella la cabeza intacta. El prior Guillermo entona un *tedéum* con voz formidable; el pueblo canta con él. Entonces el obispo de Orleans se indigna y exclama: «¿Quién es el intriguante que se permite cantar el *tedéum* sin autorización del obispo ó del prelado? ¿Y por qué semejante explosión de alegría? ¡Porque se acaba de encontrar la cabeza de una anciana cualquiera, *vetulae cujusdam*, que estos religiosos han colocado fraudulentamente en el estuche!»

Guillermo replica vivamente: «Si no sabéis vos quién soy, no comencéis calumniándome. No soy un intrigante, sino un servidor de Santa Genoveva: la cabeza que acabáis de ver es indudablemente la de una anciana; pero bien se sabe que Santa Genoveva, siempre virgen, pura é inmaculada, vivió hasta setenta años y todavía más; pero no es bien que entre la duda en vuestro espíritu; haced preparar una hoguera, y yo, con la cabeza de la Santa en las manos, pasaré sin miedo entre las llamas.» El obispo quedó mofándose y diciendo: «¡Por esta ca-

verdadera Cruz. Pero nadie podía compararse al celador del priorato, Gerardo, como buscador y descubridor de reliquias. A él debieron los monjes de Tavaux los restos de San Pedro, de San Juan Evangelista, de San Saturnino, de San Sebastián, de San Eustelo, de los santos patriarcas Abraham, Isaac, Jacob, etc. Tales son las reliquias de origen conocido; pero el diario de Tavaux cita muchas otras: pedazos del traje de la Virgen, cabellos de San Esteban, un fragmento del establo de Belén, un pedazo de zapato de la Virgen, un poco del incienso que llevaron los Magos á Belén, cabellos de San Pablo, un fragmento de la cruz de San Andrés y de la piedra sobre la cual se había mantenido Cristo cuando subió al cielo, un dedo de San Juan Bautista, un diente de San Mauricio, una costilla de San Andrés, un fragmento del cilicio de María Magdalena, un trozo de mandíbula de Santa Radegunda, etc. Es preciso tener en cuenta que todos estos objetos fueron adquiridos sólo durante algunos años y se encontraban en la iglesia de un priorato de Poitou que no era de los más notables.